

tida carta (30 de abril, 1462), que como dice un escritor español, «no puede leerse, aun despues del trascurso de tanto tiempo, sin que se enternezca el corazón mas duro.» En ella le recordaba los antiguos vínculos que los habian unido, las calamidades que despues la habian agobiado, el interés que siempre habia mostrado hácia su hermano el príncipe de Viana, y que conociendo el triste fin que la aguardaba queria renunciar en él todos sus derechos hereditarios, privando de ellos á sus encarnizados enemigos el conde y la condesa de Foix. Pero aquél día fué la infeliz llevada al castillo de Orthez, donde la encerraron, y donde despues de muchas vejaciones y padecimientos murió envenenada por su hermana doña Leonor ⁽¹⁾.

Entretanto en Barcelona habíanse ido enconando los ánimos y exacerbándose cada día los dos partidos, el enemigo de la reina y del rey, y el que aquella con su maña y su astucia habia sabido granjearse, aunque siempre menos numeroso que el de sus contrarios. Atribuíanle proyectos y designios capaces de exasperar á corazones y espíritus menos predispuestos á la insurreccion, y temerosa ya la reina de un próximo rompimiento tuvo por prudente retirarse con su hijo al Ampurdan, contando con prevalerse de los vasallos de Remenza que andaban alborotados en re-

(1) Aleson, Anal. de Nav. t. IV. Arag. tom. II.—Lebrija, de Bello p. 390 á 593.—Blancas, Reyes de Navariensi, lib. I. c. 4.

belion contra sus señores. No tardó en salir en su seguimiento un cuerpo de milicia catalana, mandado por el conde de Pallás, que inmediatamente puso cerco á la plaza de Gerona, donde la reina se habia refugiado. La poca resistencia que hallaron en una de las puertas les facilitó la entrada en la ciudad despues de haberla fuertemente combatido por varias partes. Recogióse entonces la reina á la torre de Gironella, donde desplegó una energía varonil, una intrepidez y entereza de ánimo que dejó maravillados á todos. Ella alentaba con su presencia y con su ejemplo á sus defensores, inspeccionaba en persona todas las obras, acudia á los mayores peligros, y ni la amedrentaban los tiros de lombarda que sin cesar disparaban los sitiadores, ni la abatía la situacion de su tierno hijo don Fernando, que con tan tristes auspicios comenzaba una carrera que despues habia de ser tan gloriosa. La gente del conde de Pallás llegó á penetrar por una mina hasta el fondo del castillo, mas sintiéndolo los de dentro, fogueados por la reina lanzáronse furiosamente sobre los minadores y despues de un terrible combate los rechazaron con gran pérdida y daño.

Informado el rey don Juan de la apurada situacion de su esposa, envió en su socorro á su hijo bastardo don Juan de Aragon, á quien habia hecho arzobispo de Zaragoza, con algunas compañías, y él mismo le siguió de cerca con un pequeño ejército; pero una hueste considerable de insurgentes que sa-

lió de Barcelona le cortó el paso, y tuvo que retroceder una noche desde Tárrega á Balaguer. Cundió rápidamente la llama de la insurrección en Cataluña, y la reina aislada y abandonada hubiera tenido que sucumbir sin el auxilio del monarca francés Luis XI. Este príncipe, á quien convenia mostrarse fiel cumplidor del tratado de Olite, envió al rey de Aragon las setecientas lanzas prometidas al mando de su yerno Gaston de Foix. Con la entrada de los franceses Figueras y otras plazas se redujeron á la obediencia del rey. El conde de Pallás, sitiador de Gerona, levantó el campo abandonando la artillería. Libre la reina, adoptó la política de la generosidad, concediendo un indulto general á todos los que habian hecho armas contra ella, y al dia siguiente llegó el conde de Foix. Pero los gefes de los insurrectos, lejos de someterse viéndose hostigados á un tiempo por el de Foix y por el rey, apelaron al recurso de los catalanes en los casos desesperados, á la leva ó llamamiento general de todos los hombres del principado de catorce años arriba, y usaron de este recurso contra su propio soberano como quebrantador de las leyes y de las libertades de su patria. Un monge fanático, fray Juan Cristóbal Gualbes, acabó de sublevar al pueblo predicando que era lícito deponer al príncipe que despojaba al pueblo de sus derechos y libertades; que los vasallos podian lícitamente alzarse contra el que los tiranizaba sin incurrir en la nota de

infidelidad; con otras semejantes doctrinas, que se esforzaba en probar con palabras de los divinos libros, añadiendo que los reyes de Aragon solo eran señores de Cataluña mientras guardaran sus leyes, constituciones y usages, segun lo juraban antes de ser reconocidos como condes de Barcelona, y dejaban de serlo cuando quebrantaban aquellos juramentos y condiciones, quedando la república en libertad de elegir á quien quisiese ⁽¹⁾. Con tales doctrinas y predicaciones, tan opuestas á las máximas monárquicas que en aquellos mismos tiempos regian, acabó de inflamarse aquel pueblo ya harto dispuesto á la insurrección; el rey don Juan y su hijo don Fernando fueron declarados enemigos de la república, y dejaron los catalanes de prestarles obediencia y fidelidad.

Necesitando sin embargo un apoyo para resistir á los dos reyes de Aragon y de Francia, lejos de constituirse en república como algunos antes habian pensado, apelaron al principio de legitimidad, y teniendo presente que Enrique IV. de Castilla era tan próximo deudo de Fernando I. de Aragon, ofrecieronle la soberanía del principado, y le proclamaron conde de Barcelona (11 de agosto, 1462), á reserva del juramento que habia de prestar de guardarles sus constituciones y fueros. Ya antes habian hecho ofrecimientos á Luis XI. de Francia; pero este hábil y polí-

(1) Zurita, Anal., lib. XVII. part. II. c. 1. c. 42.—Alonso de Palencia, Cron.

tico príncipe, que en vez de afanarse como Carlomagno por estender el territorio francés de este lado de los Pirineos, cuidaba mas de reducirle á sus naturales límites, y esperando á que los reyes de Aragon se debilitaran y enflaquecieran tenia puesto el pensamiento de agregar á la corona francesa la Cerdaña y el Rosellon, no hizo cara á la oferta de los catalanes. El indolente don Enrique de Castilla vaciló tambien un poco antes de dar la respuesta de aceptacion á los embajadores de Cataluña que fueron á brindarle con el señorío del principado. Al fin la ~~razón~~ ^{razón} de su consejo le movió á decidirse; y enviando primero á Juan de Beaumont, prior de Navarra, y á Juan de Torres, caballero de Soria, con un pequeño ejército en auxilio de los catalanes, despachó despues embajadores á Barcelona para que prestasen y recibiesen mutuamente en su nombre los juramentos que se acostumbraba tomar á los condes de Barcelona, como así se verificó (13 de noviembre, 1462).

Alentáronse mas con aquel apoyo los catalanes á resistir á su propio rey don Juan de Aragon; pero las tropas de este monarca y ^{de} de su hijo el arzobispo de Zaragoza, mas disciplinadas que las de los insurrectos, se iban apoderando de varias plazas y ciudades. El de Foix y sus franceses, ávidos de pillage, ardían en deseos de entrar en la opulenta capital del principado, y el rey de Aragón accedió por darles gusto, aunque no de buena voluntad, á poner cerco

á Barcelona. Componíase el ejército real de diez mil hombres; contaban los de la ciudad con cinco mil combatientes. Mostraron estos al rey de una manera enérgica y ruda lo poco que les imponia el cerco, matando un rey de armas que aquel les habia enviado. Un nuncio apostólico que traia mision del papa para mediar é interceder en tan lastimosa guerra halló tan endurecidos á los barceloneses, que por toda respuesta le dijeron, que conociendo la astucia y la malicia del rey don Juan estaban todos resueltos á perecer «á ~~un~~ ^{el} filo de espada» antes que tolerar su crueldad. No los abatió tampoco la llegada de ocho galeras francesas á aquellas aguas en auxilio del aragonés. La crudeza del invierno obligó por último á éste á levantar el cerco al cabo de veinte dias. Vengóse don Juan de Aragon sobre la desgraciada poblacion de Villafranca que tomó por asalto, degollando cuatrocientos hombres que se habian refugiado á la iglesia. Tarragona, á pesar de sus fuertes muros romanos, temiendo el furor y la venganza de los franceses si la entraba por combate, se dió tambien á partido y se entregó al rey. Hacíase igualmente cruda guerra en el Ampurdan, y Luis XI. de Francia, no perdiendo de vista su principal negocio, se apoderaba en tanto de los condados de Rosellon y Cerdaña.

Faltó en lo mas crítico de esta guerra á los catalanes el imbécil é inconsecuente rey de Castilla. No

habia sido nunca muy eficaz el apoyo que les habia dado, y el astuto don Juan de Aragon habia hecho penetrar sus influencias en los consejos de aquel débil monarca, hasta llegar á establecer con él una tregua aunque de pocos dias (enero, 1463). Las conferencias que luego se tuvieron en Bayona, y las vistas que en las márgenes del Bidasoa se celebraron entre los reyes de Francia y de Castilla ⁽¹⁾, acabaron de separar al castellano de la causa de los insurrectos de Cataluña. Mas no por eso cedieron aquellos un ápice en su obstinada rebelion. Si en muchas ocasiones habian dado pruebas los catalanes del teson con que abrazaban y defendian un partido, en esta mostraron hasta qué punto eran capaces de llevar su inflexible temeridad. Duros y tenaces los naturales de aquel reino, amantes de libertad y de independencia, pero no pudiendo ni proclamarla ni sostenerla por sí solos contra tan inmediatos y poderosos enemigos, antes que someterse al rey de Aragon optaron por recurrir á otra bandera é invocar otro príncipe que reemplazára al de Castilla, y buscando á quien ofrecer el señorío del principado, acordáronse del infante don Pedro, condestable de Portugal, que era nieto del conde de Urgel, y descendiente de la antigua dinastía de los condes de Barcelona. Pareció-

(1) De aquellas conferencias, y de estas célebres vistas, y de los tratados que en ellas se hicieron daremos cuenta en el reinado de Enrique IV.

le buena ocasion á aquel aventurero príncipe, desheredado en aquel reino, para buscar ventura en pais extraño, y respondiendo sin vacilar á la primera invitacion y llamamiento, se embarcó desde Ceuta donde se hallaba con unos pocos caballeros que se determinaron á seguirle, pero sin armada, sin gente, sin dinero, y sin consultar al rey de Portugal, su primo, y arribando á Barcelona (21 de enero, 1464), y recibido el juramento de sus nuevos súbditos, tomó arrogantemente el título de rey de Aragon y de Sicilia, que el castellano habia tenido al menos la modestia de no aceptar.

Comenzó el portugués á desempeñar su oficio de rey con mas desembarazo y resolucion de la que muchos hubieran querido. Abolió el consejo del principado, instituido desde la primera rebelion, castigó algunos desórdenes y delitos graves, puso coto á los excesivos tributos y exacciones con que los de la diputacion tenian agobiado y oprimido al pueblo, y tomó sobre sí el gobierno de la ciudad. Pero entretanto el rey don Juan de Aragon, y de Navarra, reconquistando palmo á palmo el terreno perdido, con su actividad natural, veterano como era en las guerras y en los combates, habia ido haciéndose dueño de las plazas mas importantes del Mediodía de Cataluña, no sin que le costáran grandes sacrificios de tiempo, de gente y de dinero, todo esto despues de atender á las fronteras de Castilla y á lo de Navarra, y despues de

haber hecho á su hijo don Fernando lugarteniente general del reino antes de los catorce años, solo para que pudiera autorizar lo que se ordenára en las c6rtes de Zaragoza que tenia convocadas. En la rendicion de Lérida, que le habia costado los trabajos y dispendios de un sitio, usó el rey con mucha clemencia de la victoria, confirmó los privilegios de la ciudad, y trató con mucha consideracion á los habitantes á quienes el hambre tenia estenuados. En lo general usaba de generosidad con los que se le sometian. Habiéndose reducido á su obediencia Juan de Beaumont, prior de Navarra, en Villafranca del Panadés con sus compañías de gente de armas, recibió á merced al prior y á todos sus parientes y servidores navarros, catalanes, aragoneses y castellanos que habian seguido al príncipe de Viana y hecho armas contra el rey y la reina. Algo mas severo con don Jaime de Aragon, que se habia rebelado contra el rey en su baronía de Arenos, vencido que le hubo don Juan y apoderádose de su baronía, mandó encerrarle en el castillo de Játiva y allí estuvo hasta que murió. Un tratado de concordia que se asentó con el rey don Juan, el conde y la condesa de Foix, y los gefes y caudillos de los biarmonteses, en que se acordó restituir á estos sus castillos, villas y patrimonios, juntamente con un indulto general para todos los que habian seguido la parte del príncipe don Carlos y de doña Blanca, dejó al monarca aragonés libre y desembarazado por la parte de

Navarra, en aptitud de atender con mas desahogo á la guerra de Cataluña.

Hacíala con actividad en su nombre el arzobispo de Zaragoza su hijo bastardo, y tambien el infante don Fernando, niño de trece años entonces, ensayaba con fruto sus primeras armas en esta lucha contra los catalanes rebeldes á su padre. Iba el jóven príncipe en socorro del conde de Prades que sitiaba á Cervera, cuando se halló en un lugar llamado Prados del Rey con don Pedro de Portugal que se decia rey de Aragon, y sus compañías de catalanes, navarros y castellanos, y algunos auxiliares borgoñones. Trabajóse allí la pelea (febrero, 1465), y despues de haber combatido el de Portugal con desesperado esfuerzo, vencidas y destrozadas sus tropas por las del jóven infante de Aragon y del conde de Prades, huyó aquel á favor de la oscuridad de la noche, quedando muchos prisioneros en poder de los aragoneses. Desde este suceso se notó al condestable de Portugal melancólico y desanimado. Pedia y esperaba socorros del rey de Portugal su primo, pero este soberano cuidaba poco de favorecer á quien sin su anuencia ni conocimiento se habia venido á Cataluña dejándole comprometido en la guerra de Africa. Entretanto la causa de los catalanes disidentes iba de caida. Práctico, experimentado y político don Juan de Aragon y de Navarra, sin precipitarse, sin comprometer grandes batallas, iba poco á poco combatiendo y ganando

ciudades y asegurando el terreno que conquistaba. El castillo de Amposta se le rindió al cabo de ocho meses de asedio (21 de junio, 1466). Parecía que todo el principado estaba próximo á caer bajo el dominio de su antiguo y legítimo rey, cuando acometió á don Pedro de Portugal una grave enfermedad de que sucumbió á los pocos días (29 de junio). Túvose por muy cierto, dice el historiador aragonés, que le fueron dadas yerbas⁽¹⁾. Este príncipe á quien nada sucedió prósperamente desde que arribó á Cataluña, nombraba en su testamento heredero de unos reinos que él no había poseído al príncipe don Juan su sobrino, primogénito del rey don Alfonso de Portugal. Después del fallecimiento del portugués rindióse á don Juan de Aragon la importante plaza y castillo de Tortosa (15 de julio), mientras su yerno el conde de Foix se apoderaba de Calahorra, se enseñoreaba de la mayor parte de Navarra, y ponía cerco sobre Alfaro.

Aunque las cosas marchaban con tanta prosperidad para el rey de Aragon, todavía tuvo la política de mover tratos con los insurrectos catalanes. Pero estos, tan tenaces y duros en la adversa como en la próspera fortuna, no solo desecharon altivamente las

(1) Zurita, Anal. lib. XVIII. c. 7.—La Clede (Hist. general de Portugal) dice haber sido envenenado luego que llegó á Cataluña, mas no parece compatible la lentitud con que en tal caso debió obrar el tósigo con lo agudo y rápido de la enfermedad.—Castillo, Cron. de Enrique IV. p. 43 á 51.—Farfá y Sousa, Europa portuguesa, tom. II.

proposiciones, sino que habiéndose atrevido dos ciudadanos principales de Barcelona á hablar de transacción, fueron públicamente decapitados por orden del consejo de la ciudad. Negóse la entrada á los embajadores que con el propio objeto enviaban las córtes de Zaragoza, y dióse orden para que se rasgaran en su presencia los pliegos que llevaban. En su furor de resistencia, y dispuestos los catalanes á darse otro cualquier rey que no fuese el suyo propio contra quien una vez se habian rebelado, brindaron con la corona á Renato el Bueno, duque de Anjou, antiguo pretendiente al reino de Nápoles, y hermano de Luis de Anjou, uno de los competidores al trono de Aragon en la vacante del rey don Martin, y de los desechados en el Compromiso de Caspe. El odio inveterado de la casa de Anjou á la de Aragon, la presuncion de que apoyaria á Renato el rey de Francia su primo, la proximidad de la Provenza, pais enteramente devoto del de Anjou, la circunstancia de tener este un hijo que pasaba por el mejor caballero de su tiempo, Juan, duque de Lorena, el interés que el de Francia tenia en hacerse suyos los condados de Rosellon y Cerdaña, la anciana edad del rey de Aragon, que ademas iba perdiendo la vista de dia en dia, la conducta de su hija y yerno la condesa y conde de Foix, que amenazaban hacerse dueños del reino y corona de Navarra sin esperar á la muerte de su padre, todo hacia augurar que el anciano rey de Ara-

gon y de Navarra, agobiado con los trabajos de tan largas guerras y desprovisto de aliados, no podría sostener la lid contra tantos y tan poderosos enemigos como se preparaban á venir de refresco en favor de los insurrectos catalanes.

Y sin embargo, este monarca de setenta años y ciego se preparó á hacer rostro á todo con la actividad de un joven sano y robusto. Primeramente procuró confederarse con todos los enemigos de la casa de Anjou, los reyes de Inglaterra y de Nápoles, y los duques de Saboya y de Milan, y escribió tambien al papa demostrándole la injusticia y las causas de la rebelion de los catalanes y de la nueva conjuracion de que se veía amenazado. Las córtes de Aragon le votaron un subsidio de mil hombres de armas pagados por cuenta del reino, oportuno refuerzo en el estado miserable á que las guerras tenia reducido su tesoro. El duque Juan de Lorena, gefe natural, por su edad, su valor y su fama, del ejército con que su padre se preparaba á entrar en Cataluña, reuniendo todos los aventureros franceses é italianos que tanto abundaban en aquella época, avanzaba hácia los Pirineos con un cuerpo de ocho mil hombres ansiosos de pillage y de rapiña, y protegido no muy disimuladamente por Luis XI de Francia, que le franqueaba el paso por las montañas del Rosellon. Traspuesto sin obstáculo el Pirineo, hizo el de Lorena su entrada en Barcelona (31 de agosto, 1467), donde

recibió el juramento de fidelidad de sus nuevos súbditos en nombre de su padre, y como lugarteniente general suyo.

En esta ocasion dió la reina de Aragon doña Juana Enriquez una insigne prueba de su ánimo varonil, y de su intrepidez y resolución heroica. Con las fuerzas que pudo reunir se dirigió por mar á la costa de Levante, y puso sitio á la importante plaza de Rosas, conteniendo por aquella parte al enemigo, y tomándole varias poblaciones. El duque de Lorena fué á cercar á Gerona, y allá se encaminó tambien la reina, juntamente con el joven infante don Fernando su hijo, que obligaron al de Anjou á levantar el cerco. De este modo la actividad y decision de una esposa enérgica y de un hijo tierno suplían la imposibilidad en que su ceguera y sus achaques tenían entonces al rey don Juan. Poco faltó para que costára caro al príncipe Fernando su temprano ardor bélico: en un combate que sostuvo cerca de Demat, y en el cual fué vencido, estuvo en gran riesgo su persona, y hubiera caido infaliblemente en poder de sus enemigos, si generosamente no se hubieran interpuesto sus oficiales entre él y sus perseguidores. Al saber esto el rey don Juan, privado de la vista como lo estaba, se hizo conducir por mar á la costa de Ampurias donde su hijo se habia refugiado. El estado del rey y la crudeza de la estacion no le permitieron por entonces progresar en la campaña, y mas ha-

biendo acudido el conde de Armañac con gente de Francia á reforzar al de Lorena, que con su auxilio fué dominando el Ampurdan. Gozaba el de Lorena de gran prestigio en la capital del principado; celebrábanse con entusiasmo sus prendas personales; agolpábanse las gentes á verle y admirarle cuando salia en público, detenian su caballo y le abrazaban; y hasta las señoras se desprendian con gusto de sus joyas para contribuir á los gastos de aquella guerra.

Sufrió á poco tiempo de esto el rey don Juan una pérdida que parecia para él irreparable. Habiendo venido su hijo el infante don Fernando á Zaragoza á continuar las córtes por indisposicion de su madre, falleció la reina doña Juana en esta ciudad despues de una enfermedad dolorosa (13 de febrero, 1468). Aparte de la injusta y dura persecucion y de las desgracias que esta reina habia ocasionado al príncipe de Viana su entenado, y que fueron principio de los males sucesivos, al propio tiempo que dejaron una mancha indeleble en su reputacion, fué la reina doña Juana Enriquez muger de gran génio para los negocios políticos, astuta, sagaz y resuelta, de ánimo esforzado, apta para los manejos diplomáticos y hasta para las combinaciones de la guerra, que mas de una vez hizo en persona y compartió con su esposo todas las fatigas, contradicciones y penalidades. Por lo mismo, faltando ella, parecia faltar al rey todo su consuelo y apoyo, y mas en la

situacion en que este se hallaba ⁽¹⁾. Pero en compensacion de este infortunio le envió el cielo el mas señalado favor que hubiera podido desear, y que debia ser para él de tanto precio como la vida misma, tanto mas cuanto que no pensaba recibirle. El rey don Juan recobró como por milagro la vista. Hallándose en Lérida, un médico hebreo le persuadió á que se dejara operar un ojo asegurándole que le restituiria la vista. El rey se sometió á la operacion, la cual surtió el feliz resultado que el médico le habia prometido. Llena de alegría el rey, rogó ya al hebreo que ejecutara lo mismo en el otro ojo: rehusábalo el judío, diciendo que los astros presentaban mal aspecto, y que no se debia tentar á Dios; en lo cual no hacia sino seguir la costumbre de los médicos árabes de dar importancia á la ciencia encubriéndola bajo los misterios de la astrología. Pero instado por el monarca, batió la catarata del otro ojo con tanta felicidad como la del primero; operacion admirable, y resultado prodigioso, atendido el estado de la ciencia en aquel tiempo ⁽²⁾. Recuperada la vista, recobró tambien el rey de Aragon su natural y ordinaria actividad, y dispúsose á continuar enérgicamente la campaña.

(1) Aleson, Anal. de Navarra, c. 88.—Villeneuve.—Bargemont. t. IV. p. 609.—Zurita, Anal. de Aragón, lib. XVIII. c. 45.—Mariano, Cosas Memorables, f. 143.—Alonso de Palencia, Crón. part. II. c. 88.—Villeneuve.—Bargemont. Hist. de Roi René, tom. II. (2) Alonso de Palencia, ubi sup.—Lucio Marineo, Cosas Memor. f. 444.

Habia en tanto el de Lorena traído nuevos refuerzos de Francia, con los cuales logró apoderarse de la interesante y disputada plaza de Gerona, sin que bastaran á impedirlo ni el príncipe don Fernando, ni don Alfonso de Aragon, ni el Castellán de Amposta, ni el conde de Prades, ni los socorros que el rey procuraba enviar desde Zaragoza. Tomaron, sí, aquellos caudillos algunas plazas del principado, pero el duque de Lorena campaba en casi todo el Ampurdán. Apurado se hallaba el rey de Aragon, sin dinero ni recursos, contando apenas en sus arcas trescientos enriques para pagar sus tropas, discurrendo cómo podría proporcionarse algun empréstito, y en próximo peligro de perder todo el principado, cuando en tan desesperada situación vino otro suceso feliz á descubrirle un horizonte risueño, al menos para lo futuro, á saber, el ansiado matrimonio que acabó de concertarse entre el príncipe don Fernando su hijo, á quien habia hecho ya rey de Sicilia y conreynante suyo de Aragon, con la infanta doña Isabel, hermana del rey de Castilla, declarada ya tambien heredera de este reino (1469) matrimonio providencial, que habia de traer la union feliz de las dos coronas, y que si al pronto privaba al rey don Juan del auxilio personal de su hijo para la sujecion de los rebeldes de Cataluña, le deparaba para el porvenir los recursos de una monarquía poderosa ⁽¹⁾.

(1) De las circunstancias de este matrimonio y de todo lo per-

No solamente lo de Cataluña daba que hacer al viejo monarca aragonés, sino que por la parte de Navarra su mismo yerno el conde de Foix, ya como declarado enemigo de su suegro, se apoderaba de aquel estado, tambien con gente de Francia y con los biamonteses del pais, y ponía cerco á Tudela. Tan á riesgo estaba de perderse la Navarra, que tuvo don Juan que acudir al fuego que por allí ardía, aun á costa de desatender lo de Cataluña; la llegada del rey obligó al de Foix á levantar el cerco, y trataron por medio de embajadores de poner asiento á sus diferencias, así como á las parcialidades de biamonteses y agramonteses que tenían aquel reino en perdicion. En tal estado, y ocupado el rey en las cosas de Navarra, como si la suerte ó la Providencia se encargaran de indemnizar á aquel anciano monarca de cada infortunio que le sucedía con algun acontecimiento próspero, y de irle libertando poco á poco de sus enemigos, llególe la nueva de que una enfermedad aguda habia arrebatado en pocos dias en Barcelona á su mas terrible adversario el duque de Lorena (diciembre, 1469). Acontecimiento fué este que dejó á los catalanes sumidos en la mayor consternacion, y como habian amado á aquel gefe con delirio, hicieronle exéquias reales, pasearon por las calles en procesion solemne su cadáver suntuosamente vestido,

teneciente á esta célebre y dichosamente en el reinado de Enrique IV. de Castilla.